bras—y hechos—los cambios psicológicos (realismo de almas, según Dámaso Alonso). Siempre, con parquedad, destaca Chasca algunos términos—clave y, sobre todo, «la precisión y el significado formal de cosas concretas empleadas como elementos de una construcción»—(página 76). Analiza la precisión en el empleo de los números y de las fórmulas épicas, véase: Ramón Menéndez Pidal: *Las fórmulas épicas en el «Poema del Cid». RomPhi,* VII, 1954, 2 1-267; y *Los godos y la epopeya española.* Madrid, Espasa-Calpe, 1956, 241-255; los objetos; la indumentaria—el sombrero nuevo de Félez Muñoz, por ejemplo—; el paisaje, véase: G. Díaz-Plaja: *Las descripciones en las leyendas cidianas. BHi,* XXXV, 1933, 5-22; E. Orozco Díaz: *Sobre el sentimiento de la naturaleza en el «Poema del Cid». Clavileño,* 1955, número 31, 1-6; Luis L. Cortés y Vázquez: *Ritmo, color y paisaje en la "Chanson de Roland" y en el "Poema del Cid".* BBMP., 1954, 1-2, 148-157; los gestos. Magnanimidad, bondad, don de gentes, moderación y mesura son cualidades propias del Cid; Chasca considera cada una por separado y el episodio de las arcas de arena—véanse los artículos de Seymour Resnick. *Hispw,* XXXIX, 1956, 300-305; Cantera Burgos: *BIFG,* XXXIV, 1955, 742-753; García Gómez: *Al-And.* XVI, 1951. 224-247—, el peso de lo místico, el realismo, la pena del vasallo, los ápices formales en el Cantar. En el capítulo séptimo—y último—trata del Cid como héroe nacional y de su sentimientos religiosos. Una buena bibliografía, con resúmenes, y el análisis estilístico de *Alora, la bien cercada,* terminan el libro. En él hemos de alabar la agudeza del enfoque, el tono ponderado, la simpatía hacia el Poema, que lleva a Chasca a considerarlo acertadamente como obra de arte. No es pequeño mérito añadir un título—valioso, nuevo en gran parte—a la bibliografía cidiana.—ALFREDO CARBALLO PICAZO.

CONCHA ZARDOYA: *Historia de la Literatura Norteamericana.* — Editorial «Labor», S. A. Barcelona.

Hasta hace relativamente pocos años, toda una tradición secular de cultura parecía como empeñada en no advertir el serio auge de la novela y de la poesía, del ensayo y del teatro norteamericanos. Minorías de París y México, de Madrid y Buenos Aires, de Roma y Londres, han venido considerando durante muchos años a la literatura yanqui como a *yanqui* en el sentido más superficial y cómodo de la palabra. Salvo por escasas e importantes voces, se la imputaba de ligera, casi exclusivamente utilitaria y, desde luego, carente de reposo y madurez. Un Poe, un Whitman, un Melville, no eran para estos criterios de tipo conservador más que fenómenos aislados, escritores indiscutibles pero no relacionados con la existencia de una literatura nacional, orgánica y sólida. Los conceptos que, no sin justificación, suelen tipificar socialmente a los Estados Unidos—el positivismo a ultranza, la industria, los dineros—, alejaban a su literatura, por un encadenamiento de ideas precariamente lógico, de una seria consideración intelectual por parte de numerosas opiniones europeas e hispanoamericanas.

Pero sucede precisamente, como hace notar Concha Zardoya en el libro que comentamos, que «el sistema de vida imperante en los EE. UU., las grandes aglomeraciones urbanas, la constante agitación, el valor primordial dado al tiempo económico, la supeditación de las normas de vida individual y familiar a las necesidades de un trabajo eficiente que llega a utilizar a un hombre como si fuera una pieza de gran maquinaria, han hecho del literato estadounidense el mayor detractor de lo que es el orgullo de la mayoría de sus conciudadanos». Celebramos el acierto de la observación de la señora Zardoya, de igual modo que el tono y la eficacia de esta «Historia de la Literatura Norteamericana», que viene a cubrir en España un hueco necesario y a tratar, ya enciclopédicamente, de un largo e importante proceso literario. «Labor», la editorial barcelonesa, distinguida por su atento rigor científico, acoge la crónica voluminosa, bellamente gráfica de todo un sistema de la historia literaria cuya vigencia y significación se ofrecen ya innegables a todos.

La literatura norteamericana aparece a principios del siglo XVII, con claros y naturales ascendientes ingleses. Como

las del Centro y Sur de América, trae también «un algo» nuevo y distinto: esa fuerza fragante, nacida como del mismo suelo, esa capacidad y condición de rayo. Su primer autor oficial es escritor sólo de segundas o terceras nupcias: el escritor Jhon Smith, un fabuloso aventurero de Jamestown, que dejó, acaso sin intención de publicarla, la famosa *Relación verdadera de los acontecimientos y accidentes que han ocurrido en Virginia desde la fundación de esa colonia...*, cuyo manuscrito, de unas cuarenta páginas solamente, fué impreso en Londres en 1608. Jhon Smith, o sea Juan Pérez o Rodríguez en español, fué soldado en Flandes, Berbería, Turquía y Tartaria, amén de especie de guía y antecesor de Búffalo Bill Cody tierra adentro, pirata, náufrago, criminal, fugitivo, novelesco enamorado, inflexible jefe de fortines... Esta criatura de Dios, cronológicamente hablando desde luego, es el primer escritor de Norteamérica.

En Viriginia y Massachussets, entre manadas de terneros, empalizadas verdes y furtivas saetas indias, despunta el que luego había de ser ancho y poderoso sistema de la literatura estadounidense. Y, mucho más tarde, con la Revolución, es cuando surgen en ella las primeras y verdaderas «ideas nuevas». Los ensayos y la oratoria política, con los primeros conatos de teatro serio y las figuras literarias de Benjamín Franklin y Thomas Paine, dan aire y prestancia a su época.

Sobreviene luego el Romanticismo, eco directo de Europa (cuyos últimos vestigios estadounidenses sostiene hoy todavía, en descompuesta e interesantísima herencia, el sureño William Faulkner); el Romanticismo yanqui nos parece un romanticismo muy especial, en que probablemente una damita de miriñaque, a la luz de las arañas importadas, en un baile estanciero, no tenía mayor inconveniente en correr, sin cambiar de atuendo, a atender el parto de una vaca. Y con el romanticismo, van apareciendo los primeros historiadores del país, aquellos *notarios de las tierras.*

Muy poco después, con su fuerza de doble ventarrón, rompen a la vida Edgar Allan Poe y Walt Whitman. Poe, el alucinado, y Whitman, el gigante, asientan definitivamente con sus obras la raíz de la gran literatura estadounidense. Poe es un hombre americano, pero, en definitiva, es un artista de cualquier país; Whitman es sola y específicamente americano, un neoyorkino típico, un «manhattanés», como él mismo gustaba de llamarse. Y la figura de Whitman se proyecta sobre todos los Estados; su literatura es una sola cosa con su país. El es entusiasmo. Lo ama todo. Se entusiasma hasta con la muerte...

¡Oh, muerte saludable y sagrada!
Hace tiempo que quiero dedicarte
una canción tan fresca como el alba...

Otro escritor neoyorkino anda ya bullendo oscuramente por su ciudad. Su nombre es Hermann Melville, empleado, profesor y periodista, todo en plan modesto. Luego se embarcará en fabulosos lances marítimos. En uno de ellos, por el Pacífico, está gentilmente a punto de ser cocinado y devorado por indígenas polinésicos. Todo esto, claro que es importante. Pero su obra lo es mucho más: las narraciones breves, «Benito Cereno» y, sobre todo, «Moby Dick o la ballena Blanca». No vamos nosotros a decir ahora de este libro fundamental más que, a nuestro honesto juicio, no se le dedica el suficiente espacio—ni a su autor—en el libro de la señora Zardoya.

Es muy acertado, en cambio, el paso por el libro de tres figuras que a uno se le antojan especialmente significativas e interesantes, dentro de sus respectivas dimensiones por su absoluta norteamericanidad: Harriet Beecher Stowe, con su furibunda y piadosa defensa del abolicionismo de la esclavitud en la celebérrima «Cabaña del Tío Tom»; el poeta Longfellow, y ese humorista, de entre los más saludables y simpáticos que ha venido al mundo: «Mark Twain». Cierto amigo suyo, Francis Bret Harte, propaga entonces en sus magistrales «Cuentos del Oeste», la áspera vida californiana de la época, con el mundo de tahures, mineros, pintas a caballo, mujeres descarriadas, afanadores de oro y balas, que hacen a Harte el precursor—sin culpa—de tanta literatura de fogón como llueve hoy sobre el mundo.

Volviendo al hilo esquemático propuesto por la señora Zardoya en su «Histo-

ria», damos ya en las corrientes literarias del realismo y naturalismo, con la fuerte oposición pública y crítica que la última desplazó, y, al cabo de un período de transición, con la que es, según la espléndida frase de Gertrude Stein, la generación perdida. Aquí están ya los vigorosos escritores que innovaron la literatura de su país y que abrieron ventanas nuevas al arte de la narración. Son los hijos pródigos, los renegados del capitalismo y la guerra; no había ya sitio, en su mundo, para una literatura simplemente estética. Son ellos: Scott Fitzgerald y su «Gran Gatsby»; Jhon Dos Passos, ardoroso simpatizante de España y lo español, autor de «Manhattan Transfer» y de la gran trilogía novelística «U. S. A.»; William Faulkner; Thomas Wolfe; Jhon Steinbeck y Ernest Hemingway, rendidos hispanófilos también y tercer ganador el último, para su país, del Premio Nobel... Y la espléndida floración de autores de teatro dramático: Robert Sherwood, Eugenio O'Neill, Thornton Wilder, Tennessee Williams, el—no citado en el libro—Arthur Miller, el poeta T. S. Eliot, también Nobel. Y el autor teatral y cuentista, figura encantadora, tan específicamente americana como la de un Whitman (en miniatura) de William Saroyan.

No disponemos ahora de espacio para abordar un estudio riguroso y extenso de esta «Historia de la Literatura Norteamericana». Nos daríamos por muy contentos con que alguien, atraído por la extensión e interés de la obra, pueda llegar a interesarle hacerlo, según merece el volumen, que es una excelente manera, entre otros pormayores, de dar al César lo que es del César.—FERNANDO QUIÑONES.